

La Sangre del Pacto Eterno

NO. 277

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 2 DE OCTUBRE, 1859,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EL MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS, LONDRES.**

“La sangre del pacto eterno.”
Hebreos 13:20.

Todos los tratos de Dios para con los hombres han tenido el carácter de un pacto. A Dios le ha complacido disponer las cosas de tal manera que todos Sus tratos con nosotros son exclusivamente a través de un pacto y nosotros sólo podemos tratar con Él de igual manera. Adán, en el huerto, estaba sujeto a un pacto con Dios y Dios tenía un pacto con él. Adán rápidamente invalidó ese pacto. Hay un pacto que aún está en vigor en todo su terrible poder; terrible, digo, porque el hombre invalidó su parte del pacto, y, en consecuencia, Dios cumplirá invariablemente las solemnes amenazas y las sanciones contenidas en él. Es el pacto de obras. Conforme a ese pacto trató con Moisés, y conforme a él trata con toda la raza humana representada por el primer Adán. Posteriormente, cuando Dios trató con Noé, lo hizo a través de un pacto y cuando en una época posterior trató con Abraham, plugo a Dios comprometerse con él por medio de un pacto. Él preservó y guardó ese pacto que fue renovado continuamente con muchos de sus herederos. Dios no trató ni siquiera con David, un varón conforme a Su corazón, de otra manera que mediante un pacto. Hizo un pacto con Su ungido, y, amados, Él trata todavía en este día con ustedes y conmigo por medio de un pacto. Cuando venga en todos Sus terrores para condenar, herirá por pacto, es decir, por la espada del pacto del Sinaí. Y si viene en los esplendores de Su gracia para salvar, viene todavía a nosotros por un pacto, es decir, por el pacto de Sion: el pacto que realizó con el Señor Jesucristo, cabeza y representante de Su pueblo. Y fíjense bien que siempre que entramos en relaciones íntimas y estrechas con Dios, es seguro que será, por parte nuestra, por un pacto. Después de la conversión, hacemos con Dios un pacto de gratitud; venimos a Él conscientes de lo que ha hecho por nosotros, y nos entregamos a Él. Ponemos nuestro sello a ese pacto cuando nos unimos a Su iglesia por el bautismo; y día tras día, cuantas veces nos reunimos en torno a la mesa para el partimiento del pan, renovamos el voto de nuestro pacto y así tenemos una relación personal con Dios. Yo no puedo elevar mi oración a Él excepto a través del pacto de gracia; y sé que no soy Su hijo a menos que sea Suyo, primero, a través del pacto por medio del cual Cristo me compró, y después, a través del pacto por medio del cual

me entregué a Él y le di todo lo que soy y todo lo que tengo. Es importante, entonces, que sepamos distinguir entre un pacto y otro, ya que el pacto es la única escalera que va de la tierra al cielo, ya que es la única manera en la que Dios se relaciona con nosotros y en la que nosotros podemos tratar con Él. No debemos estar en tinieblas o error con respecto a lo que es el pacto de gracia y a lo que no es.

Esta mañana, voy a procurar aclarar y simplificar lo más que pueda el contenido del pacto mencionado en nuestro texto, y, por esa razón, voy a hablar, en primer lugar, del *pacto de gracia*; en segundo lugar, de *su carácter perenne*; y en tercer lugar, de la relación que tiene la sangre con el pacto. “*La sangre del pacto eterno.*”

I. Entonces, primero que nada, esta mañana tengo que hablar del PACTO mencionado en el texto; y observo que podemos descubrir fácilmente a primera vista *lo que no es el pacto*. Vemos de inmediato que éste no es el pacto de obras, por la sencilla razón de que es un pacto eterno. Ahora bien, el pacto de obras no era eterno en ningún sentido. No era eterno ya que se realizó por primera vez en el huerto de Edén: tuvo un comienzo. Fue quebrantado. Será violado continuamente y pronto acabará y pasará; por tanto, no es eterno en ningún sentido. El pacto de obras no puede recibir el título de eterno. Pero como el pacto de mi texto es una alianza eterna, no es el pacto de obras. Dios hizo un pacto con la raza humana que establecía más o menos lo siguiente: “Si tú, oh hombre, eres obediente, vivirás y serás feliz, pero si eres desobediente, perecerás. El día que me desobedecieras, ciertamente morirás.” Ese pacto fue realizado con todos nosotros en la persona de nuestro representante, el primer Adán. Si Adán hubiera guardado ese pacto, creemos que todos nosotros habríamos sido preservados. Pero como Adán invalidó el pacto, ustedes y yo, y todos nosotros, caímos y fuimos considerados a partir de entonces como herederos de la ira y del pecado, inclinados a todo mal y sujetos a todo sufrimiento. Ese pacto fue abolido con respecto al pueblo de Dios. Fue sustituido por un nuevo y mejor pacto que lo eclipsó total y enteramente con su gloria llena de gracia.

Además, permítaseme comentar que el pacto aquí significado no es el pacto de gratitud realizado entre el amoroso hijo de Dios y su Salvador. Ese pacto es muy legítimo y apropiado. Confío que todos los que conocemos al Salvador hayamos dicho en nuestros propios corazones—

**“¡Fue realizada! La grandiosa transacción fue realizada;
Yo soy de mi Señor, y Él es mío.”**

Le hemos entregado todo a Él. Pero ese no es el pacto al que hace referencia el texto, por la sencilla razón de que el pacto de nuestro texto es un pacto eterno. Ahora bien, el nuestro fue escrito hace sólo unos cuantos años. Lo habríamos despreciado en las primeras etapas de nuestra vida, y no puede ser a lo sumo tan viejo como nosotros mismos.

Habiendo mostrado rápidamente lo que no es este pacto, puedo comentar *lo que sí es este pacto*. Y aquí será necesario que subdivida de nuevo este encabezado, y que hable de él así: para entender un pacto es preciso saber quiénes son las partes contratantes; en segundo lugar, cuáles son las estipulaciones del contrato; y en tercer lugar, cuáles son los objetos del mismo; y luego, si quisieran profundizar más, tienen que entender algo sobre los motivos que condujeron a las partes contratantes a establecer el pacto entre ellas.

1. Ahora, en este pacto de gracia, tenemos que observar, ante todo, *las excelsas partes contratantes* que lo establecieron. El pacto de gracia fue realizado antes de la fundación mundo entre Dios el Padre y Dios el Hijo; o para expresarlo a una luz todavía más bíblica, fue realizado entre las tres divinas Personas de la adorable Trinidad. Este pacto no fue realizado directamente entre Dios y el hombre. El hombre no existía en aquel tiempo, pero Cristo participó en el pacto como el representante del hombre. En ese sentido concederemos que fue un pacto entre Dios y el hombre, pero no fue un pacto entre Dios y cada ser humano en su carácter personal e individual. Fue un pacto entre Dios y Cristo, y a través de Cristo, indirectamente, con toda la simiente comprada con sangre y amada por Cristo desde antes la fundación del mundo. Es un pensamiento noble y glorioso—la esencia de la poesía de esa vieja doctrina calvinista que nosotros enseñamos—que antes de que el lucero de la mañana conociera su lugar, antes de que Dios con Su palabra creara la existencia a partir de la nada, antes de que el ala del ángel agitara las ignotas capas celestiales, antes de que un solitario cántico turbara la solemnidad del silencio en el que Dios reinaba supremo, Él ya había entrado en solemne consejo consigo mismo, con Su Hijo y con Su Espíritu, y en ese consejo había decretado, determinado, propuesto y predestinado la salvación de Su pueblo. Además, en el pacto ya había arreglado las maneras y los medios y había fijado y establecido todo lo que debía colaborar conjuntamente para que se cumplieran el propósito y el decreto. Mi alma se remonta ahora al pasado, transportada por las alas de la imaginación y de la fe, y atisba en aquel misterioso salón del consejo, y por medio de la fe contemplo al Padre comprometiéndose con el Hijo, y al Hijo comprometiéndose con el Padre, mientras que el Espíritu da Su compromiso a ambos, y así fue completado y establecido ese divino pacto que había de permanecer oculto en la oscuridad. Este es el pacto que en estos últimos días ha sido leído a la luz del cielo, y se ha convertido en el gozo, en la esperanza y en el motivo de gloria de todos los santos.

2. Y ahora, ¿cuáles eran *las estipulaciones del pacto*? Iban más o menos en este sentido: Dios había visto de antemano que el hombre, después de la creación, invalidaría el pacto de obras; que por leve y benigna que fuera la condición bajo la cual Adán habría de poseer el Paraíso, esa condición sería demasiado ardua para él y daría coces contra ella, yendo

a la ruina con toda certeza. También Dios había visto de antemano que Sus elegidos, a quienes había escogido de entre toda la humanidad, caerían por el pecado de Adán, puesto que ellos, al igual que el resto de la humanidad, estaban representados en Adán. Por tanto el pacto tenía como propósito la restauración del pueblo elegido. Y ahora podemos entender fácilmente cuáles eran las estipulaciones. Del lado del Padre, su contenido iba en este sentido. Yo no podría referirlo en la gloriosa lengua celestial en la que fue escrito; de buen grado lo bajaré al nivel de un lenguaje adaptado al oído de la carne y al corazón de un mortal. Así, digo, está expresado el pacto, en líneas parecidas a estas: “Yo, Jehová el Altísimo, por este medio doy a Mi unigénito y bienamado Hijo un pueblo, más incontable que el número de las estrellas, cuyo pecado Él lavará, y al cual Él preservará, guardará, guiará, y presentará al final sin mancha ni arruga ni cosa semejante delante de Mi trono. Yo pacto mediante juramento, y juro por Mí mismo porque no puedo jurar por otro mayor, que estas personas que doy ahora a Cristo serán por siempre objetos de Mi amor eterno. Les perdonaré por causa del mérito de la sangre. Les daré una perfecta justicia. Las adoptaré y las convertiré en Mis hijos y Mis hijas, y reinarán conmigo a través de Cristo eternamente.” Eso establece ese glorioso lado del pacto. El Espíritu Santo también, como una de las excelsas partes contratantes de ese lado del pacto, declaró: “Yo pacto por este medio”—dice Él—“que a todos aquellos que el Padre dio al Hijo, los voy a vivificar a su tiempo. Voy a mostrarles su necesidad de redención. Voy a suprimir en ellos toda esperanza infundada, y voy a destruir sus refugios de mentiras. Voy a llevarlos a la sangre de la aspersion. Voy a darles una fe mediante la cual esta sangre será aplicada a ellos. Voy a obrar en ellos toda gracia. Voy a mantener viva su fe; voy a limpiarlos y voy quitarles toda depravación, y serán presentados al final sin mancha ni arruga.” Este es el lado del pacto que está siendo cumplido y guardado escrupulosamente en este preciso día.

En cuanto al otro lado del pacto, esa es la parte que fue asumida y pactada por Cristo. Él declaró y pactó así con Su Padre: “Padre mío, por Mi parte, pacto que asumiré la naturaleza del hombre cuando se cumpla el tiempo. Voy a asumir la forma y la naturaleza de la raza caída. Voy a vivir en su desventurado mundo, y voy a guardar perfectamente la ley a nombre de Mi pueblo. Voy a obrar una justicia sin mancha, que habrá de ser aceptable para las exigencias de Tu justa y santa ley. A su debido tiempo voy a cargar con los pecados de todo Mi pueblo. Tú vas a exigir de Mí el pago de sus deudas. Yo soportaré el castigo de su paz, y por Mi lla-ga serán curados. Padre Mío, Yo pacto y prometo que seré obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Yo engrandeceré Tu ley y la honraré. Yo voy a sufrir todo lo que ellos tenían que haber sufrido. Voy a soportar la maldición de Tu ley y todos los vasos de Tu ira serán vaciados y derramados sobre Mi cabeza. Luego voy a resucitar. Voy a ascender al cielo.

Voy a interceder por ellos a Tu diestra. Voy a responsabilizarme por cada uno de ellos, para que ninguno de los que Me has dado se pierda jamás, sino que voy a llevar a todas Mis ovejas de las que, por mi sangre, Tú me has constituido el pastor, voy a llevarlas salvas a Ti, a cada una de ellas, al final.” Ese es el contenido del pacto; y ahora, así lo creo, ustedes tienen una idea clara de lo que era y de cómo se encuentra: el pacto entre Dios y Cristo, entre Dios el Padre y Dios el Espíritu, y Dios el Hijo como cabeza del pacto y como representante de todos los elegidos de Dios. Les he presentado, tan brevemente como he podido, cuáles eran sus estipulaciones. Observen, por favor, queridos amigos míos, que el pacto ha sido perfectamente cumplido de un lado. Dios el Hijo pagó las deudas de todos los elegidos. Él sufrió toda la ira divina por nosotros, por nuestra redención. No queda nada pendiente de esa parte del pacto, excepto que Él continuará intercediendo para llevar a la gloria con seguridad a todos los redimidos.

Del lado del Padre esta parte del pacto ha sido cumplida para incontables miríadas. Dios el Padre y Dios el Espíritu no se han rezagado en Su divino compromiso. Y fíjense bien que ese lado ha sido concluido y ha sido llevado a cabo tan plena y tan completamente como el otro. Cristo puede decir acerca de lo que prometió hacer: “Consumado es” y lo mismo dirán todos los gloriosos pactantes. Todos aquellos por quienes Cristo murió serán perdonados, todos serán justificados, todos serán adoptados. El Espíritu los vivificará a todos, a todos les dará fe, a todos los llevará al cielo, y cada uno de ellos será acepto en el amado, sin obstáculos, en el día cuando el pueblo sea contado y Jesús será glorificado.

3. Y ahora, habiendo visto quiénes eran los excelsos pactantes y cuáles eran los términos del pacto realizado entre ellos, veamos cuáles eran *los objetos de este pacto*. ¿Fue realizado este pacto para todo individuo de la raza de Adán? Ciertamente no; descubrimos lo secreto por lo visible. Lo que está en el pacto ha de ser visto a su debido tiempo con el ojo y habrá de ser oído con el oído. Veo a multitudes de hombres que perecen, que prosiguen desenfrenadamente en sus perversos caminos, rechazando el ofrecimiento de Cristo que les es presentado en el Evangelio día tras día, hollando bajo sus pies la sangre del Hijo del Hombre, desafiando al Espíritu que lucha con ellos; veo que esos hombres van de mal en peor y al fin perecen en sus pecados. No tengo la insensatez de creer que ellos tienen una participación en el pacto de gracia. Los que mueren en la impenitencia, las multitudes que rechazan al Salvador, demuestran claramente que no tienen ni parte ni porción en el pacto sagrado de la gracia divina; pues si tuvieran alguna participación en él, habría ciertas señales y evidencias que nos lo mostrarían. Veríamos a su debido tiempo que en esta vida serían llevados al arrepentimiento, serían lavados en la sangre del Salvador y serían salvados. El pacto—para ir de inmediato y directamente al punto, por ofensiva que pudiera ser la doctrina—el pacto tiene

relación con los elegidos y con nadie más. ¿Los ofende eso? Pues van a ofenderse más. ¿Qué dijo Cristo? “Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son.” Si Cristo ora exclusivamente por Sus elegidos, ¿por qué habrían de enojarse porque la Palabra les enseñe que en el pacto hay una provisión hecha para los elegidos, para que reciban la vida eterna? Todos los que creen, todos los que confían en Cristo, todos los que perseveran hasta el fin, todos los que entran en el reposo eterno, todos ellos y nadie más tienen una participación en el pacto de la gracia divina.

4. Además, tenemos que considerar cuáles eran los motivos del pacto. ¿Cuál fue la necesidad de realizar un pacto? Dios no estaba bajo compulsión ni constreñimiento de ningún tipo. Todavía en aquel momento no existía ninguna criatura. Aun si la criatura hubiera podido ejercer alguna influencia sobre el Creador, no existía ninguna criatura en el período en el que el pacto fue realizado. No podemos buscar en ninguna parte para encontrar el motivo de Dios para realizar el pacto excepto en Él mismo, pues de Dios se podía decir literalmente en aquel día: “Yo soy, y fuera de mí no hay más.” Entonces, ¿por qué estableció el pacto? Yo respondo que lo dictó la absoluta soberanía. Pero, ¿por qué ciertos hombres fueron objetos del pacto y por qué otros no? Yo respondo que la gracia soberana guió la pluma. No fue el mérito del hombre, no fue nada que Dios hubiera visto de antemano en nosotros lo que lo condujo a elegir a muchos y a dejar que otros prosiguieran en sus pecados. No había nada en ellos; la soberanía y la gracia se combinaron para hacer la divina elección. Si ustedes, hermanos y hermanas míos, tienen la bendita esperanza de pertenecer al pacto de gracia, tienen que cantar aquel himno—

“¿Qué había en mí que mereciera estima o que agradara a mi Creador?

Fue así, Padre, siempre he de cantar, porque así te pareció bien.”

“Tendrá misericordia del que tenga misericordia”; “así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia.” Su soberanía eligió y Su gracia distinguió y Su inmutabilidad decretó. Ningún motivo dictó la elección de los individuos, excepto un motivo de amor y de soberanía divina en Él mismo. Sin duda la grandiosa intención de Dios al hacer el pacto fue Su propia gloria; cualquier motivo inferior a ese estaría por debajo de Su dignidad. Dios encuentra Sus motivos en Él mismo; no tiene que mirar a unas polillas y a unos gusanos para Sus actos. Él es el “YO SOY”—

***“Él no se sienta en ningún trono precario,
Ni pide permiso para ser.”***

Él hace lo que le place con los ejércitos del cielo. ¿Quién puede detener Su mano y decirle: “¿Qué haces?” ¿Acaso le preguntará el barro al alfarero el motivo por el que lo convirtió en un vaso? ¿Acaso la cosa formada le ha de dictar órdenes a su Creador antes de su creación? No, Dios es Dios y

el hombre debe reducirse a su nada natural, y si Dios lo exalta, no debe jactarse como si Dios tuviera una razón para la obra en el hombre. Él encuentra Sus motivos en Sí mismo. Él se contiene a Sí mismo, y no encuentra nada más allá de Sí mismo y no necesita nada de nadie excepto de Él mismo. Así, esta mañana he discutido, tan plenamente el tiempo me lo ha permitido, el primer punto respecto al pacto. Que el Espíritu Santo nos conduzca a adentrarnos en esta sublime verdad.

II. Y ahora, en segundo lugar, vamos a considerar SU CARÁCTER ETERNO. Es llamado un pacto eterno. Pueden observar de inmediato su *antigüedad*. El pacto de gracia es la más antigua de todas las cosas. Es a veces un motivo de gran gozo para mí cuando pienso que el pacto de gracia es más antiguo que el pacto de obras. El pacto de obras tuvo un inicio, pero el pacto de gracia no lo tuvo; y bendito sea Dios porque el pacto de obras tiene su fin, pero el pacto de gracia permanecerá siendo firme cuando el cielo y la tierra pasen. La antigüedad del pacto de gracia exige nuestra agradecida atención. Es una verdad que tiende a elevar a la mente. No conozco ninguna doctrina más grandiosa que ésta. Es la propia esencia y el alma de toda poesía y al detenerme y meditar en ella, confieso que mi espíritu ha sido a veces arrebatado de gozo. ¿Puedes concebir la idea de que antes de que existieran todas las cosas, Dios ya había pensado en ti? ¿Que cuando no había formado todavía Sus montes, ya había pensado en ti, pobre gusano insignificante? Antes de que las magníficas constelaciones comenzaran a brillar, y antes de que hubiera sido fijado el grandioso centro del mundo, y todos los poderosos planetas y los diversos mundos hubieran sido conducidos a girar a su alrededor, Dios ya había fijado entonces el centro de Su pacto, y había ordenado el número de esas estrellas menores que deberían girar en torno a ese bendito centro y obtener de él la luz. Vamos, cuando uno está absorto en algunas grandes concepciones del ilimitado universo, cuando con los astrónomos volamos a través del espacio, cuando lo encontramos sin fin, y vemos que las huestes estrelladas son sin número, ¿no parece maravilloso que Dios diera al pobre hombre insignificante una preferencia que trasciende al universo entero? Oh, esto no puede volvernos orgullosos, porque es una verdad divina, pero tiene que hacernos sentir felices. Oh, creyente, tú consideras que no eres nada, pero Dios no piensa así de ti. Los hombres te desprecian, pero Dios se acordó de ti antes de crear nada. El pacto de amor que hizo con Su hijo por ti es más antiguo que la más remota antigüedad, y si volaras de regreso hasta donde el tiempo no había comenzado, antes de que esas rocas macizas que muestran las marcas de la ancianidad hubiesen comenzado a ser depositadas, Él te había amado y te había elegido y había hecho un pacto respecto de ti. Recuerda bien estas antiguas cosas de los collados eternos.

Además, es un pacto eterno por su *seguridad*. Nada puede ser eterno si no es seguro. El hombre puede erigir sus estructuras y pensar que

pueden durar perennemente, pero la Torre de Babel se derrumbó, y las propias Pirámides muestran señales de ruina. Nada de lo que el hombre ha hecho es eterno, porque no puede protegerlo de la destrucción. Pero respecto al pacto de gracia, bien dijo David: “Es ordenado en todas las cosas, y será guardado.” Es—

***“Firmado y sellado y ratificado,
Bien ordenado en todas las cosas.”***

No hay ni un “si” ni un “pero” en todo él de principio a fin. El libre albedrío odia las palabras: “se hará” y “así será” de Dios, y le gustan los “si” y los “pero” dichos por el hombre, pero no hay ni un “si” ni un “pero” en el pacto de gracia. Las únicas condiciones son: “haré” y “se hará.” Jehová lo jura y el Hijo lo cumple. Es cierto y tiene que serlo. Tiene que ser seguro, pues “YO SOY” lo determina. “Él dijo, ¿y no hará? Habló, ¿y no lo ejecutará?” Es un pacto seguro. He dicho algunas veces que si alguien estuviera a punto de construir un puente o una casa, y dejara una sola piedra o una madera para que yo las colocara donde yo quisiera, les garantizo que su casa se caería. Si alguien estuviera a punto de construir un puente, y dejara simplemente que yo colocara una piedra escogida por mí, yo lo retaría a construir un puente que resistiera. Bastaría con que yo seleccionara la ‘clave’ y él podría construir luego de la manera que quisiera, pero pronto se caería (1). Ahora, el pacto arminiano no se puede sostener porque hay uno o dos ladrillos en él (y eso es decirlo en la forma más benigna, pues podría haber dicho: “porque cada una de sus piedras,” y eso estaría más cerca del blanco) que dependen de la voluntad del hombre. Queda al arbitrio de la criatura salvarse o no. Si no quiere, no hay ninguna influencia compelente que pudiera dominar o vencer a su voluntad. Según el arminiano no hay ninguna promesa de que una influencia será lo suficientemente fuerte para doblegarlo. Así que queda al arbitrio del hombre, y Dios, el poderoso Constructor—aunque pusiera piedra sobre piedra y todo fuera sólido como el universo—puede ser derrotado por Su criatura. ¡Desechen una tal blasfemia! Toda la estructura, de principio a fin, está en las manos de Dios. Los propios términos y condiciones de ese pacto se han convertido en sus sellos y garantías, en vista de que Jesús los ha cumplido todos. Su pleno cumplimiento en cada jota y tilde es seguro, y debe cumplirse por Cristo Jesús, quiéralo el hombre o no lo quiera. No es el pacto de la criatura, es del Creador. No es el pacto del hombre, es el pacto del Todopoderoso, y lo llevará a cabo y lo realizará prescindiendo de la voluntad del hombre. Pues esta es la propia gloria de la gracia: que el hombre odia ser salvado, que está enemistado con Dios, pero Dios lo redimirá; que el pacto de Dios es: “serás,” y la intención del hombre es: “no seré,” y el “se hará” de Dios vencerá al “no quiero” del hombre. La gracia todopoderosa cabalga victoriosa sobre el cuello del libre albedrío, y lo lleva cautivo en gloriosa cautividad

al poder siempre vencedor de la gracia irresistible y del amor. Es un pacto seguro, y por tanto, merece el título de eterno.

Además, no sólo es seguro sino que es *inmutable*. Si no fuera inmutable, no podría ser eterno. Lo que cambia fenece. Podemos estar muy seguros de que todo lo que tenga sobre sí la palabra “cambio” tarde o temprano muere, y será quitado como cosa que no es. Pero todo es inmutable en el pacto. Todo lo que Dios ha determinado sucederá y ni una sola palabra o línea o letra podrían ser alteradas. Lo que el Espíritu promete se hará, y todo lo que Dios el Hijo prometió ha sido cumplido y será consumado en el día de Su venida. Oh, si creyéramos que las sagradas líneas pudieran ser borradas, que el pacto pudiera ser emborronado y distorsionado, vamos, entonces, queridos amigos míos, podríamos sumirnos en la desesperación. He oído que algunos predicadores dicen que cuando el cristiano es santo, está en el pacto, pero que cuando peca, es eliminado de nuevo; cuando se arrepiente, es registrado otra vez, y si luego cae, entonces es borrado de nuevo; y así entra y sale por la puerta, como si saliera de su casa o entrara en ella. Entra por una puerta y sale por otra. Algunas veces es un hijo de Dios y algunas veces es el hijo del demonio; algunas veces es un heredero del cielo, y repentinamente es un heredero del infierno. Y conozco a un hombre que se atrevió a decir que aunque un hombre pudiera haber perseverado a través de la gracia durante sesenta años, con todo, si se apartara el último año de su vida, si pecara y muriera en esa condición, perecería eternamente, y toda su fe, y todo el amor que Dios le había manifestado en los días transcurridos, no servirían de nada. Me da gusto decir que tal concepto de Dios es precisamente la propia noción que tengo del diablo. Yo no podría creer en un Dios así, y no podría postrarme delante de Él. Un Dios que ama hoy y odia mañana; un Dios que da una promesa y que sin embargo sabe de antemano que después de todo el hombre no verá cumplida la promesa; un Dios que perdona y castiga—que justifica y que posteriormente ejecuta—es un Dios que no puedo soportar. No es el Dios de las Escrituras, estoy seguro de ello, pues *Él* es inmutable, justo, santo y veraz, y habiendo amado a los Suyos, los amará hasta el fin, y si Él ha dado una promesa a alguien, la promesa será guardada, y el hombre que está una vez en la gracia, está en la gracia para siempre, e invariablemente entrará en la gloria.

Y luego, para concluir, tenemos este punto: el pacto es eterno porque *nunca se acabará*. Será cumplido pero seguirá siendo firme. Cuando Cristo haya completado todo, y haya llevado a cada creyente al cielo; cuando el Padre haya visto a todo Su pueblo reunido, el pacto, es verdad, llegará a una consumación, pero no a una conclusión, pues así dice el pacto: ‘los herederos de la gracia serán benditos para siempre,’ y en tanto que “para siempre” dure, este pacto eterno demandará la felicidad, la se-

guridad y la glorificación de cada una de las personas que hubieren sido contempladas en él.

III. Habiendo considerado ya el carácter eterno del pacto, concluyo con la porción más dulce y más preciosa de la doctrina, es decir, la relación que tiene la sangre con el pacto: LA SANGRE DEL PACTO ETERNO. La sangre de Cristo tiene una relación cuádruple con el pacto. *Con respecto a Cristo*, Su sangre preciosa derramada en Getsemaní, en Gabata y el Gólgota, es *el cumplimiento* del pacto. El pecado es quitado por medio de esta sangre; por las agonías de Jesús la justicia es satisfecha, por Su muerte la ley es honrada; y por esa sangre preciosa, en toda su eficacia mediadora y en todo su poder purificador, Cristo cumple todo lo que estipuló con Dios que haría en favor de Su pueblo.

Oh, creyente, mira a la sangre de Cristo, y recuerda que así es cumplida la parte del pacto que corresponde a Cristo. Y ahora no queda nada que deba cumplirse excepto la parte de Dios; no hay nada que tú debas hacer; Jesús lo ha hecho todo; no hay nada que el libre albedrío deba suplir; Cristo ha hecho todo lo que Dios exigía. La sangre es el cumplimiento de la parte correspondiente al deudor del pacto, y ahora Dios está obligado, por Su propio juramento solemne, a mostrar gracia y misericordia a todos los que Cristo ha redimido por Su sangre. Con respecto a la sangre, en otro sentido, corresponde *a Dios el Padre la obligación* del pacto. Cuando veo a Cristo morir en la cruz, a partir de ese momento, si se me permite usar el término con respecto a alguien que siempre ha de ser libre, veo al Dios eterno obligado, por Su propio juramento y por Su pacto, a cumplir cada estipulación. ¿Dice el pacto: “Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros”? Tiene que ser cumplido, pues Jesús murió, y la muerte de Jesús es el sello del pacto. ¿Dice: “Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias”? Entonces tendrá que hacerlo, pues Cristo ha cumplido Su parte. Y, por tanto, ahora no podemos presentar más el pacto como algo de lo que se pueda dudar, sino como nuestro derecho exigible ante Dios a través de Cristo; y al presentarnos humildemente de rodillas, argumentando ese pacto, nuestro Padre celestial no negará las promesas contenidas en él, sino que hará que cada una de ellas sea sí y amén para nosotros por medio de la sangre de Jesucristo.

Además, la sangre del pacto tiene relación *para con nosotros como los objetos* del pacto, y esa es su tercera luz; no sólo es un cumplimiento con respecto a Cristo, y una obligación con respecto a Su Padre, sino que es *una evidencia* con respecto a nosotros mismos. Y aquí, amados hermanos y hermanas, permítanme hablarles afectuosamente. ¿Confían enteramente en la sangre? ¿Ha sido aplicada a su conciencia la sangre preciosa de Cristo? ¿Han visto sus pecados perdonados a través de Su sangre? ¿Han recibido el perdón de los pecados a través de la sangre de Jesús? ¿Se glorían en Su sacrificio y es Su cruz la única esperanza y el

único refugio de ustedes? Entonces participan en el pacto. Algunos seres quieren saber si son elegidos. No podríamos responderles eso a menos que nos dijeran esto: ¿Crees? ¿Está fundada tu fe en la sangre preciosa? Entonces tú estás en el pacto. Y, oh, pobre pecador, si no tienes nada que te recomiende; si te quedas atrás y dices: “¡No me atrevo a venir! ¡Tengo miedo! ¡No estoy en el pacto!” Cristo todavía te invita a que vengas. “Venid a *mí*,” dice Él. “Si no puedes venir al Padre del pacto, ven a la Fianza del pacto. Venid a *mí*, y yo os haré descansar.” Y cuando hayas venido a Él, y Su sangre te haya sido aplicada, no dudes de que en el registro carmesí de la elección esté tu nombre. ¿Puedes leer tu nombre en los sangrientos caracteres de la expiación de un Salvador? ¡Entonces lo leerás un día en las letras de oro de la elección del Padre! El que cree es elegido. La sangre es el símbolo, la señal, la garantía, la fianza y el sello del pacto de la gracia para ti. Siempre ha de ser el telescopio a través del cual tú puedes mirar para ver las cosas que están lejanas. Tú no puedes ver tu elección a simple vista, pero puedes verla claramente a través de la sangre de Cristo. Confía en la sangre, pobre pecador, y entonces la sangre del pacto eterno es una prueba de que tú eres un heredero del cielo.

Por último, la sangre tiene una relación *con los tres*, y aquí puedo agregar que *la sangre es la gloria de todos*. Para el Hijo es el cumplimiento, para el Padre es la obligación, para el pecador es la evidencia, y para todos—para el Padre, el Hijo y el pecador—es la común gloria y la común jactancia. En esto el Padre tiene complacencia; en esto el Hijo también, con gozo, mira desde lo alto y ve la compra de Sus agonías; y en esto siempre ha de encontrar Su consuelo y Su cántico eterno: “¡Jesús, tu sangre y tu justicia son mi gloria y mi cántico eternamente y para siempre!”

Y ahora, mis queridos oyentes, tengo que hacerles una pregunta, y habré concluido. ¿Tienen ustedes la esperanza de estar en el pacto? ¿Han puesto su confianza en la sangre? Aunque, tal vez, con base en lo que he estado diciendo imaginen que el Evangelio es restringido, recuerden que el Evangelio se predica libremente a todos. El decreto es limitado, pero las buenas nuevas son tan amplias como el mundo. El buen anuncio y las buenas nuevas son tan amplios como el universo. Yo se los comunico a toda criatura bajo el cielo, porque se me ha dicho que lo haga. El secreto de Dios, que es tratar con la aplicación, está restringido a los elegidos de Dios, mas no el mensaje, pues este ha de ser proclamado a todas las naciones. Tú has oído el Evangelio en repetidas ocasiones en tu vida. Dice así: “Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores.” ¿Crees eso? Y he aquí tu esperanza, que es algo semejante a esto: “yo soy un pecador. Yo confío que Cristo murió por mí; yo pongo mi confianza en el mérito de Su sangre, y ya sea que me hunda o que nade, no tengo ninguna otra esperanza excepto ésta”—

**“Nada en mi mano traigo,
Simplente a Tu cruz me aferro.”**

Tú lo has oído; ¿lo has recibido en tu corazón, y te has aferrado a él? Entonces tú eres alguien contemplado por el pacto. ¿Y por qué te habría de amedrentar la elección? Si tú has elegido a Cristo, puedes estar seguro de que Él te eligió. Si tus ojos llorosos lo están mirando a Él, entonces Sus ojos omniscientes te han mirado por largo tiempo; si tu corazón lo ama, Su corazón te ama más de lo que tú podrías amarlo jamás, y si estás diciendo ahora: “Padre mío, Tú serás el guía de mi juventud,” te voy a decir un secreto: Él ha sido tu guía, y te ha conducido a ser lo que eres ahora, un humilde buscador, y Él será tu guía y te conducirá seguro al final.

Pero, ¿eres un ser altivo, jactancioso, promotor del libre albedrío, que dices: “voy a arrepentirme y voy a creer siempre y cuando yo lo elija; tengo tanto derecho a ser salvado como cualquier otro, pues cumplo con mi deber tan bien como los demás, y sin duda voy a recibir mi recompensa”? Si estás reclamando una expiación universal, que ha de ser recibida a opción de la voluntad del hombre, anda y reclámala, y te verás frustrado en tu reclamo. Descubrirás que Dios no tratará contigo sobre esa base del todo, sino que te dirá: “Vete de aquí, pues nunca te he conocido. El que no venga a mí a través del Hijo no viene del todo.” Yo creo que el hombre que no esté dispuesto a someterse a al amor electivo y a la gracia soberana de Dios, tiene un gran motivo para cuestionarse si es en verdad un cristiano, pues el espíritu que da coces contra eso es el espíritu del demonio y es el espíritu del corazón que no ha sido humillado, que no ha sido renovado. Que Dios suprima de tu corazón la enemistad hacia Su propia verdad preciosa, y te reconcilie con ella y luego te reconcilie con Él mismo por medio de LA SANGRE de Su Hijo, que es la garantía y el sello del pacto eterno.

Nota del traductor:

(1) Clave: en arquitectura, es la piedra con que se cierra por la parte superior un arco o una bóveda.

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #277—Volume 5

THE BLOOD OF THE EVERLASTING COVENANT